

XVIII Domingo del tiempo ordinario

Denle ustedes de comer

Contemplando el evangelio de hoy me ví en el medio del campo, sin nada cercano. Acompañado de una enorme multitud de gente de la que de alguna forma me siento un poco responsable por su bienestar. Ante la escena mi reacción natural, como la del apóstol, fue decir: “— ¡*despachémoslos para sus casas!*, que cada uno vea cómo soluciona sus problemas, son muchos y **yo**, no puedo...”. Pero Jesús nos dice: — denle ustedes de comer.

¿Con qué Señor? Lo que tenemos apenas si alcanza para nosotros y quieres que le demos a todos; no entiendo qué quieres que haga. Además. ¿por qué nosotros, Señor? Si tú eres Dios, tú eres el providente, tú lo puedes todo, ¿por qué nos lo pides a nosotros, por qué me lo pides a mí?

Jesús, no me responde. Simplemente me pide que le dé lo poco que tengo, que le entreguemos lo poco que tenemos. Y ahí las cosas cambiaron, se hicieron nuevas..., lo poco de cada uno, cuando comenzamos a compartirlo, se hizo bastante. Tanto bastante que aún después de comer hasta saciarnos, sobró un montón.

A esta altura me surgió una pregunta: ¿quién provee, Él o nosotros? Y Él se ocupó de recordarme que, si en Él vivimos, nos movemos y existimos, nada de lo que yo haga le es ajeno. Entonces, Él provee a través de nuestras manos, por intermedio de nuestras acciones.

Es más sencillo creer en un dios mago, que se ocupe de dar o de quitar. Este dios tiene la ventaja de que me libera de toda responsabilidad, pues si él es dios, qué podría hacer yo para torcer su voluntad. Si alguien tiene necesidades, sufre o necesita ayuda, el problema es de ese dios, no mío. Como Caín puedo responder: “— qué tengo que ver yo con mi hermano”.

Por suerte, ese, no es Nuestro Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Nuestro Dios es autodonación, es decir, es un dárse nos enteramente y así nos hizo a su imagen y semejanza: libres, capaces de amar y nos entregó la Creación.

La gratuidad del Amor infinito de Dios por cada uno de nosotros, solo se puede experimentar, a través del amor que seamos capaces de darnos entre nosotros. La Misericordia de Dios solo se ve en lo misericordioso que yo sea con los demás.

“— Dale tú, de comer”, es en realidad la única respuesta posible que Jesús podía darme..., si no soy yo, quién lo hará, ¿un mago?

Fernando Ianchina

Equipo nacional Red Mundial de Oración del Papa

Argentina - Uruguay